



# Penas ajenas en la Expo Zaragoza

POR JUAN LUIS HERNÁNDEZ\*

Zaragoza, España.- Una de las grandes pobreza de los gobiernos es no poder decirle a la comunidad internacional quién y qué es su cultura, de dónde procede su pueblo, qué tiene que decir hoy ante problemas globales. Y eso le está ocurriendo al gobierno de México en la Expo Zaragoza. Inaugurada el 14 de junio de 2008, auspiciada por el gobierno español, la Exposición Internacional Agua y Desarrollo Sostenible es una impresionante fiesta del mundo que ha congregado a 2 mil expertos del agua, propiciado 5 mil espectáculos y convocado a 140 participantes de poco más de 100 países.

Habrà de recordarse que Felipe Calderón en su reciente gira por España pasó por Zaragoza para inaugurar el pabellón de México. ¿Se habrá dado cuenta de la pobreza conceptual, simbólica y cultural que refleja ese espacio? ¿Tendría oportunidad de ver otros pabellones y sentir rabia y vergüenza de lo que la comparación arroja al voltear a ver lo que países con menos recursos mostraron? ¿De verdad vería algo de México en el pabellón? ¿Eso es todo lo que tenemos que decir los mexicanos sobre el agua?

El pabellón de México ocupa uno de los lugares más privilegiados de la Expo. Cuenta con dos pisos y otra área mayor para un restaurante mexicano. Las filas para entrar compiten con las de los pabellones más atractivos, como Japón, Alemania y España. El nombre de México genera una gran expectativa. La muchedumbre, sin embargo, sale decepcionada. Algunas preguntas que se hacen quienes dejan el pabellón: “¿Entendiste algo?” “¿Qué quisieron decir?” “¿Y México?”

Todo el pabellón fue dividido en tres dimensiones. La primera es una sala circular absolutamente oscura que tiene un techo como pantalla. Una española da la bienvenida y explica que deberemos sen-

tarnos en el suelo para ver el techo. En la pantalla ya se mueven muy rápidamente como nubes imágenes de volcanes, ríos, lagunas y mares. Cuando uno se sienta aparece la leyenda de “Tláloc, dios de la lluvia” y a continuación nos levantan para decirnos que eso ha sido todo.

En la segunda dimensión, otra española conduce por un pasillo semioscuro al tiempo que pide fijarnos en las paredes que muestran la relación del hombre con el agua. Así, hasta llevarnos a un tercer espacio: una rampa que asciende al segundo piso mientras sucesivas imágenes —una de ellas la credencial de elector— se agolpan en los muros. Al llegar a la puerta de salida hay tres computadoras para que los visitantes encuentren el lugar donde viven. En suma, el desastre total: un pabellón construido en la oscuridad, supuestamente con alta tecnología y un torrencial de imágenes sin ningún sentido e hilo conductor. Tanto espacio para tanta pobreza conceptual.

El pabellón se llama “México: somos agua” y eso es lo más feliz de todo. Hasta ahí alcanzó la creatividad y la inteligencia, porque en él no se logró desarrollar esa idea. No hay un discurso mexicano sobre el agua ni sobre el problema del agua. No hay un solo objeto que identifique a México; bueno, ni siquiera una sola artesanía que decore. No hay nada que haga recordar a los visitantes que salen de ahí el binomio México-agua.

Y eso resalta con la visita a los otros pabellones. En todos hay gente del país de origen atendiendo, aun los más pobres, como Angola o Nepal. Todos tienen cualquier tipo de artesanías que transportan al visitante a tierras lejanas. La gran parte de los pabellones cuenta con oferta de comida y de productos tradicionales. El nuestro posee un restaurante sólo de comida de mar y está ajeno al pabellón. La mayoría de los países tiene un discurso

muy bien articulado sobre el agua en sus territorios. Por ejemplo, el pabellón de Hungría destaca sus aguas medicinales y sus baños termales. El de Chipre, a pesar de tener uno de los espacios más reducidos, reunió a las deidades del agua en esculturas hermosas del siglo II y III, e instaló una exposición de su sistema hídrico.

Uno de los pabellones más hermosos y conceptualmente sólidos es el del Vaticano. Naturalmente, echaron mano de su museo y se llevaron una veintena de piezas de los siglos II al XVI y con el Antiguo y el Nuevo Testamento elaboraron su discurso de fe y agua, que tiene su punto culminante en una pequeña capilla dentro del pabellón. Soberbio. Otro pabellón increíble es el de Dinamarca, de construcción minimalista, donde dispusieron un mínimo restaurante circular en medio y alrededor cuelgan del techo círculos con un discurso de qué se hace en Dinamarca para conseguir un uso racional del agua.

Ya ni decir del pabellón de América Latina: una fiesta de color, museografía, espectáculos, foto y música que dan cuenta de lo que las naciones de Centroamérica o Brasil y Argentina quisieron decir acerca de sus aguas. México, por cierto, no está representado en este pabellón.

El pobre discurso de México sobre el agua en la Expo Zaragoza corresponde, finalmente, a la pobre idea que tiene el gobierno mexicano sobre la cultura nacional, nuestra riqueza simbólica y sus propias políticas públicas. Es una pena que toda la fuerza conceptual de México haya sido dilapidada en esta exposición internacional. Es posible que quienes la diseñaron conozcan poco o nada de su propio país. Y en eso también tiene responsabilidad el servicio público. ¶

\* *Político. Director General Académico y rector interino de la Universidad Iberoamericana Puebla*